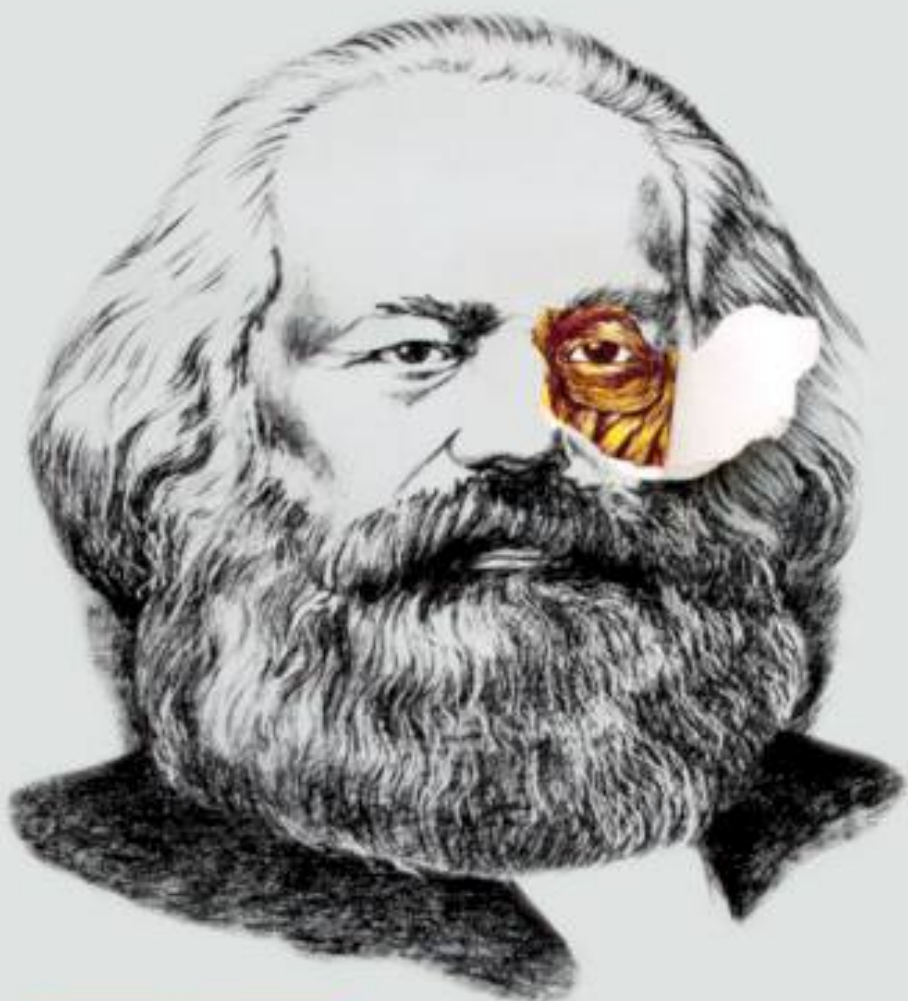


Iván de la Nuez
**El comunista
manifiesto**

Un fantasma vuelve a recorrer el mundo



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Iván de la Nuez nació en La Habana (1964) y vive en Barcelona. Ensayista, crítico y comisario de exposiciones, fue el encargado de perfilar La Virreina-Centro de la Imagen, del que fue su primer director, y ha sido responsable de Actividades Culturales en el CCCB.

Sus libros han sido traducidos a varios idiomas y entre ellos se encuentran *La balsa perpetua*, *El mapa de sal*, *Fantasia roja*. (*Los intelectuales de izquierda y la revolución cubana*), o *Inundaciones*. (*Del Muro a Guantánamo: invasiones artísticas en las fronteras políticas*). Sus proyectos de exposición –como *La isla posible*, *Inundaciones*, *Parque humano*, *Banquete: Metabolismo y comunicación*, *Postcapital*, *Atopía* o la retrospectiva de Joan Fontcuberta– han tenido asimismo una notable repercusión.

Ha obtenido la beca Rockefeller para las Humanidades, el premio Espais d'Art y la mención de Honor en los premios Ciutat de Barcelona por su libro *Fantasia roja*.

www.ivandelanuez.org

Dos décadas después de finalizada la Guerra Fría, el fantasma del Comunismo ha renacido en el territorio de los vencedores, siempre preparados para cavar su tumba, pero no para lidiar con su vida de ultratumba. De esta ironía trata *El comunista manifiesto*. Y de cómo la cultura occidental ha acabado reciclando, en una mezcla de fascinación y venganza, la iconografía del Imperio desplomado.

Entre la caída de un PC (Partido Comunista) y la expansión de otro PC (Personal Computer) tiene lugar este regreso, perceptible en las múltiples variaciones del *Manifiesto comunista* o en el uso del Este como gran plató de Hollywood, en la *Ostalgia* berlinesa o en la puesta en solfa de la propiedad como medida absoluta de la vida en Occidente, en un nuevo género cultural que Iván de la Nuez define como *Eastern* y en la deriva autoritaria de un estalinismo de Mercado que se impone en todo el mundo.

El comunista manifiesto se interna en el malestar de una cultura que no puede vivir sin su Enemigo y, al mismo tiempo, no puede dejar de temer por el regreso de su fantasma, que se hace cuerpo en las protestas recientes, los movimientos sociales y la crítica a una democracia en declive.

En esa circunstancia, el fracaso de la trilogía Libertad-Igualdad-Fraternidad, que sirvió como fundamento de la política occidental, ha dado paso, según Iván de la Nuez, al triángulo crítico que echó abajo el Muro de Berlín –Transparencia-Solidaridad- Reconstrucción–, que hoy se nos presenta como una posibilidad para la transformación de la sociedad, la política y la cultura contemporáneas.

Serie Actualidad

Dirigida por Josep Ramoneda

Se puede optar por un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad.

MICHEL FOUCAULT

Para Eva

PRÓLOGO

Una arqueología del poscomunismo

Desde que, a principios de los años noventa, bajo el impacto del derribo del Muro de Berlín, salió de una Cuba que seguía impasible, Iván de la Nuez ha practicado una exploración sistemática del imaginario comunista, de la relación del mundo occidental con él y de la presencia del comunismo como fantasma en la estética contemporánea. Y lo ha hecho siempre a contracorriente del maniqueísmo que subyace a este debate, a menudo articulado en términos de buenos y malos, aunque unos y otros hayan contribuido a la reaparición del viejo fantasma después de que el comunismo se diera oficialmente por muerto. Si en *La isla posible* De la Nuez exploraba el territorio geográfico, cultural y moral de futuro susceptible de ser compartido por todos los cubanos, en *Fantasia roja* ironizaba sobre la fascinación de los intelectuales europeos –con Sartre a la cabeza– por el castrismo, y en *Inundaciones* explicaba que nadie podía salir indemne del hundimiento del llamado Este, en *El comunista manifiesto*, explora la nostalgia y el fetichismo comunista en Occidente para desplegar, al paso, una crítica profunda a la sociedad poscomunista y poscapital.

La posición de Iván de la Nuez, la perspectiva desde la que mira ese «antiguo porvenir» que fue el comunismo, desde la que contempla «la fascinación por las ruinas de una epopeya desproporcionada», es la del habitante de la contracultura que erosionó el comunismo desde dentro y que fue arrasada por la gran inundación que se llevó por delante a los regímenes de tipo soviético, pero también a

la disidencia que los desafió, a la socialdemocracia europea y al capitalismo de los años sesenta, para situarnos en un nuevo capitalismo global que después de una transición cargada de eufemismos (eufemocracia) se ha puesto en evidencia ahora con toda su dureza y crueldad. Iván de la Nuez forma parte de aquella disidencia que para la izquierda creyente convencional era sospechosa de anticomunismo y para la derecha clásica, de connivencia con el comunismo. Este espíritu de disidencia doble –contra el Putin del KGB y contra el Putin oligarca–, que no se resigna a ser engullido por el discurso del triunfo de Occidente, sigue vivo en este libro. Si ayer se revolvió contra el comunismo oficial, hoy se revuelve contra una sociedad capitalista, en la que «la vida colectiva está despojada de comunidad». «Si hay una sombra del comunismo que se cierne en Occidente, ésta no es otra que la persistencia de la masa amorfa», esta «mole» de «entes flotantes» que Andreas Gursky nos muestra en sus fotografías. La cultura de la indiferencia como trasfondo que hermana al comunismo derrotado y al capitalismo global triunfante y tiene en China su gran icono.

La tesis común a todos los libros de Iván es que el Muro se desplomó hacia los dos lados. Por mucho que los efectos más evidentes fueran hacia el Este, la demolición acabó alcanzando al mundo de los vencedores, que se ha transformado terriblemente en estos años. «Con la caída del Muro ha desaparecido la pared trasera de la casa europea», escribió el alemán Joshka Fischer. «Los hechos son tozudos, los deshechos también», concluye Iván. Si en un principio se impuso la idea de que habíamos alcanzado el fin de la historia (y algunos se precipitaron en proclamarla), pronto se vio que la historia no hacía más que empezar. Y que en cualquier caso, al final del camino no estaba la sustitución de la política por la administración de las cosas, como vaticinaba Marx, sino «el punto de éxtasis perfecto de un mer-

cado que regula al Estado, asumiendo parte de sus funciones para devorarlo más tarde».

«Del hogar imperfecto a la intemperie perfecta.» Ésta es la historia de la transición que ha seguido al hundimiento del Muro de Berlín. Caída, se llama en Occidente, en una falta de respeto a una disidencia a la que nunca se tomó en consideración más que utilitariamente y a la que se niega siquiera el honor de haberlo derribado. El recorrido por la pasión por el Este de la cultura occidental (*Eastern*), por la melancolía por la promesa que no fue (*Ostalgia*) y por la fetichización del comunismo en mercancía, le sirve a Iván de la Nuez para poner sobre la mesa de disección este mundo actual en el que el fantasma del comunismo vive una tercera oportunidad, ya no como tragedia ni como farsa sino como estética.

Exposiciones, películas, libros, obras de teatro, publicidades varias, el comunismo se ha convertido «en parque temático» desarrollando un verdadero género creativo: el *Eastern*. Si el *Western* convertía a villanos en héroes, nos dice Iván de la Nuez, el *Eastern* convierte a héroes en villanos. En todo caso, la pasión por el Este ha generado una *Ostalgia* en la que convergen muchos factores: una cierta poética de la derrota; la capacidad de la cultura capitalista de convertir en fetiche y mercantilizar todo lo que toca; el carácter omnívoro del mercado; una cierta posición ludita contra la era digital; e incluso un cierto miedo a la libertad, confluyen desde distintos lugares y posiciones a este retorno esteticista del viejo fantasma, ahora sí, después de que el comunismo haya muerto. La *Ostalgia* forma parte de la esquivia moral posmoderna, que permite «contemplar relajadamente nuestras peores catástrofes» en las paredes de los museos. Es, por tanto, la expresión de un estado de espíritu propio de tiempos inciertos en que «todo lo sólido se desvanece en la red». Es «la era del ocaso a la carta», en que proliferan «las fantasías crepusculares de la era del epílogo». En esta época sin mañana, anclada en un presente

continuo cada vez más asfixiante, la Ostalgia es a la vez «exposición de un pasado que se proclamó futuro» y «fuga desde este futuro que ahora sólo queda retratado como pasado». Derechas e izquierdas, viejos anticomunistas y comunistas irredentos se encuentran, a menudo, hermanados en este ejercicio. Un empeño, en el fondo eufemístico, que intenta eludir la cuestión de fondo: «El problema ya no es que vengan los rusos sino la incertidumbre de adónde iremos a parar los occidentales».

Pero estas miradas torcidas hacia la promesa fatal tienen mucho que ver con dos respuestas en curso a la brutal aceleración del capitalismo. Los efectos de este cambio de ritmo son devastadores: la ciudadanía ha perdido los referentes culturales que encuadraban sus biografías, sus ideas sobre el trabajo, la religión y la familia se desvanecen, mientras el mercado se puebla de cazadores de almas que los tientan con nuevas y viejas promesas; la ciudadanía vive con desasosiego un proceso desocialización imparable, con el individuo perdido en la intemperie de una sociedad sin espacios comunes. Frente a esto reaparecen a menudo dos ideas: lo común y la modernidad. El comunismo regresa como «una comunidad inconfesable», al modo de Maurice Blanchot. La ilusión de recuperar la modernidad se convierte en arte de lo imposible.

La momia de Lenin permanece en su mausoleo de la Plaza Roja. Siguen las colas para visitarla. Pero la momia ya no está en manos del Estado, sino que sobrevive gracias al dinero de algunos neocapitalistas rusos. El debate sobre el destino de los restos de Lenin vuelve cíclicamente, pero nadie se atreve a dar la orden de enterrarlo definitivamente. «Lenin parecía tener claro qué hacer con su antiguo país. La Rusia actual no tiene claro que hacer con él.» El fantasma del comunismo sigue presente en un mundo en que «a contracorriente del sueño de la vanguardia, lo que marca la experiencia no es la vida sino la supervivencia, que es la

continuación de la vida por otros medios (eso sí, más precarios)».

Iván de la Nuez confronta las posiciones de Martin Amis y de Boris Groys sobre el estalinismo. Para Amis la pregunta sigue siendo: «¿Por qué ocurrió aquello allí y entonces?». Para Groys sería: «¿Puede ocurrir aquello aquí y ahora?». Esta pregunta puede desdoblarse así: ¿es el estalinismo un hecho propio del comunismo o es un estilo de poder que puede existir también más allá del comunismo?

Entre estas dos preguntas, la primera que concierne particularmente a la historia, la segunda, a la ciencia política, el trabajo continuado de Iván de la Nuez desarrolla una especie de arqueología sobre las ruinas del comunismo que me parece fundamental porque es la mejor manera de entender en qué sentido este sistema, que parecía destinado a dominar el mundo y que colapsó cuando casi nadie se lo esperaba, ha impregnado con sus huellas la sociedad presente. Dicho de otro modo, en qué medida la sociedad posdemocrática en que vivimos es consecuencia de lo que se llevó por delante la gran inundación que siguió al hundimiento del Muro de Berlín. Esta arqueología es también la historia de la crisis de la socialdemocracia, de la sustitución de la derecha liberal por una derecha ascendente cada vez más autoritaria, y de la ruptura de los equilibrios globales. Iván de la Nuez la trata en clave cultural, que es la suya. Esta tercera aparición del fantasma del comunismo, esta vez como estética, es una pista a seguir para desenmascarar los eufemismos que acompañan la construcción del autoritarismo posdemocrático y de la cultura de la indiferencia.

JOSEP RAMONEDA

«Los grandes hechos ocurren, como si dijéramos, dos veces en la historia: la primera como tragedia, la segunda como farsa.» Gracias al retorno cíclico de los acontecimientos, esta frase de Marx ha permanecido infalible.

Hay, quizá, una tercera posibilidad para los grandes hechos: la de suceder como estética. Esa eventualidad cruza este libro.

PRIMERA PARTE

El fantasma

UN ESPECTRO...

Un fantasma se cierne sobre Europa... es el fantasma del comunismo.

Ha pasado siglo y medio largo desde que Marx y Engels lanzaran esta amenaza nada más empezar el *Manifiesto comunista*, la madre de todos los panfletos; y han transcurrido veinte años desde la caída del Imperio Soviético...

Pero es *ahora* –cuando se da por muerto y enterrado–, que el comunismo sale del sarcófago y consigue apuntalar la frase en su sentido más preciso.

Si lo propio de los fantasmas, según los diccionarios, es aparecer *después* de la muerte, entonces no es *antes* del comunismo –período en el que Marx y Engels despliegan la metáfora–, sino *a posteriori*, cuando podemos hablar de ese espíritu temible.

Visto así, la metáfora seminal del *Manifiesto* suena extraña, como no resuelta del todo, pues sólo en su presencia de ultratumba alcanza un fantasma su capacidad óptima de terror.

De modo que únicamente *después* del derribo del Muro de Berlín es cuando el comunismo se convierte en un fantasma que recorre Europa; el espectro de un mundo muerto que insiste, con ardidés muy dispares, en tirar de los pies a los que le han sobrevivido.



Ese fantasma inicia su andadura en 1989, año que cifra la caída de un PC (Partido Comunista) y el advenimiento de otro PC (*Personal Computer*). Justo en la frontera entre el ocaso de aquellas sociedades que se decían basadas en el proletariado –el trabajo manual– y el apogeo de la época actual, determinada por el mundo virtual –¿espectral?– de la sociedad informatizada.